Opinión

CHILE - ¿Cuánto vale la vida de los flaites?

Ariel Zúñiga

Martes 23 de octubre de 2007, puesto en línea por [Ariel Zúñiga](#)

Vivimos en un Estado de Derecho, que duda cabe. Somos todos iguales ante la ley: Gobernantes y gobernados; patronos y obreros; policías y ladrones; rostros y teleauditores; presos y carceleros; etc.

Al menos en la ley somos iguales.

La pregunta es entonces de qué nos sirve que seamos todos iguales ante la ley.

Ocho niños calcinados en Puerto Montt y otros tantos agonizan luego del incendio del centro "Tiempo de Crecer" (COT de Puerto Montt) eufemismo con el cual nuestro gobierno ha denominado las cárceles para niños.

Incumpliendo todos y cada uno de los convenios internacionales sobre DDHH, nuestro Estado ha decidido encarcelar a menores de edad, niños pobres que se encuentran en indefensión, en el más evidente estado de necesidad. Niños que no han tenido una familia - núcleo esencial de nuestra sociedad según la Constitución - que no han tenido educación, que han sido expuestos a toda la violencia posible a sus tiernos años. El Estado en vez que acogerlos e intentar suplir el carente afecto que los hace luchar en contra de todo, los encarcela y peor, los quema.

¿Dónde están los colchones incombustibles? ¿En qué campaña política se gastaron los dineros destinados a apresarlos "adecuadamente"?

Sin duda, racionalidad no vamos a encontrar en este caso.

Llegarán las respuestas oficiales y con ellas nos convenceremos. Llorarán veinte segundos las madres de los niños en horario Prime y con ello asunto terminado. Como las muertes de hace algunos años en Iquique, quedarán impunes.

La vida de un carabinero vale homenajes y arengas; la vida de estos flaites amerita apenas un "sumario administrativo".

Sin embargo todos somos iguales. Nuestra Presidenta dirá que su gobierno es una mierda a causa de su útero mientras celebra el ingreso de Chile a la comisión de DDHH de la ONU.

Mientras la caridad militarizada chilena juega al gatillo fácil en Haití, y todos los días mueren obreros en distintos accidentes evitables, la muerte de un carabinero (y que quede claro: lo más probable que en manos de unos uniformados) hacen clamar a todos por mano dura.

Como si encerrar y quemar a ocho niños fuera tener mano blanda.